

La conquista

Cuando vine a vivir a este pueblo, toda la aldea me parecía estar llena de peligros y hostilidades. No me gustaba que mis hijas anduvieran por ahí, ni siquiera que iban a las casas de sus amigas. No conocía estas casas y no conocía los padres de las amigas de mis hijas. Y por no conocerlos no me gustaban.

Sin embargo, mis hijas y yo solíamos hacer paseos alargados a través de los montes del alrededor. Mis hijas que en aquella edad siempre vivían con piratas, con princesas encantadas y no salían de casa sin llevarse una manada de caballos, un barco capturado o al menos un tigre domesticado se dedicaban a dar nombres a cada camino que recorríamos y a cada roca donde descansábamos.

Así que nuestra aldea se llenaba con sitios concretos y atractivos cuyos nombres sólo nosotros conocíamos. Íbamos al *monte blanco* o al *monte oso*, pasábamos por *la pradera encantada* o escogimos el *camino de los perros muertos*. Entre nosotras sabíamos perfectamente de qué hablábamos. Pero si los habitantes del pueblo nos oían, nos miraban con asombro, porque nosotras, las extranjeras, hablábamos con tanta familiaridad de sitios que ellos parecían desconocer.

Conquistamos nuestra aldea dando nombres a sus lugares. Así la hicimos nuestra. Y en cuanto era nuestra el miedo iba disipándose. Las distancias entre los hogares se acortaron y las propias casas parecían acogedoras achicándose bajo las nieblas y lluvias constantes. Los peligros desaparecieron y el pueblo adquiría un aire familiar.